

**MARCELA ALEJANDRA RUGGERI\***

## **SUDÁN**

### **ESTADO DE LA SITUACIÓN, ESTADO DE LO QUE ESTÁ EN JUEGO**

*No es verdad que lo que ha pasado,  
esté en el pasado*

George Herbert Mead

LOS SERES HUMANOS SOMOS SUJETOS Y OBJETOS de nuestra construcción: mediante el lenguaje y nuestras prácticas, ayudamos a crear una realidad, y esta a su vez constituye subjetividades históricamente situadas, que se adecuan a las particulares condiciones sociales y de productividad del contexto histórico, social y cultural en el cual están insertas (Domenech e Ibáñez, 1989).

La memoria, como práctica social, tiene el poder de construir realidades sociales, mundos humanos atravesados por discursos hegemónicos mediante los cuales se intenta institucionalizar, establecer una definición del pasado, a fin de mantener una continuidad en el tiempo, que permita legitimar la situación presente, prescribiendo las expectativas de futuro.

Desde ese lugar, tomando como punto de partida una concepción dialéctica de la realidad social (Martin-Baro, 1985; Domenech e Ibáñez, 1989; Del Solar y Piper, 1994) es que considero fundamental una

\* Licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes. Integrante del área de investigación del Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo (CEID), miembro de: la International Sociological Association (ISA), la Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red (AIBR), la Asociación Antropológica Argentina, y del Foro de Investigación del Mundo Árabe y Musulmán (FIMAM). Participó en el curso "África subsahariana: subdesarrollo, conflictos y migraciones", impartido en el aula virtual de CLACSO, del que resulta este artículo.

reflexión crítica sobre el pasado reciente y su relación con las prácticas políticas actuales.

### INTRODUCCIÓN AL TEMA

Darfur nuevamente está en las páginas de los diarios, lamentablemente no para dar cuenta de una evolución sobre el terreno, sino por el activismo de ciertas ONG (Urgente Darfur), el debate sobre elecciones presidenciales o la intervención de las organizaciones transnacionales en el conflicto.

Pero, ¿qué pasa realmente en Darfur? ¿Qué motiva a esos hombres, que apoyados por el gobierno de Khartoum, han conformado las milicias janjaweed, sembrando el terror en los poblados, adonde llegan con sus caballos o en camellos a destrozar villas, violar mujeres, asesinar hombres, obligando a miles a un exilio forzoso? ¿Es este uno de esos conflictos entre tribus pastorales y poblaciones agrícolas que aún existen en determinadas franjas climáticas al Sur del Sahara? ¿Estamos frente a un genocidio, una limpieza étnica? ¿O, en realidad, esta es una operación política y económica, con el petróleo como trasfondo? ¿Debería el debate solo quedar reducido a una cuestión semántica?

Recordemos que la respuesta internacional y los instrumentos jurídicos a aplicar, dependerán de la calificación que se dé a la situación (genocidio, crimen de guerra, o crimen contra la humanidad). La situación –aunque parezca obvio decirlo– es de extrema gravedad, y los motivos para comprenderla, sumamente complejos.

El caso de Sudán, el país más grande de África, no difiere de las realidades de otros países del continente, los que sufrieron fuertes repercusiones con el fin de la Guerra Fría, que originó una fase de cambios profundos, sobre la base de fracasos acumulados en los diferentes procesos de consolidación del estado post-colonial. Muchos han sido los argumentos que se han esgrimido para explicar el debilitamiento y hundimiento de los Estados recién constituidos, que pasaron a ser catalogados como “Failed States” (Chomsky, 2007), pero básicamente la conjunción de una serie de factores tanto internos como externos podría servir para explicar la situación (Ruiz Jiménez Arrieta, 2000).

Pero Sudán es un espacio particular, donde pareciera perfilarse una geografía siempre en tensión, marcada por la huella colonial sobre ese cuerpo descrito en la escritura fanoniana como el cuerpo del colonizado, cuerpo colonial, cuerpo de la política, vale decir, aquel constituido por el colonialismo en su *performance*, que se hace evidente cuando deviene en huella (Fanon, 1967).

La violencia del encuentro entre el hombre colonizado y el sistema colonial los ha conformado en una estructura que entonces revela la personalidad del colonizado.

Debido a la sistemática negación de la otra persona y a la furiosa determinación a denegar al otro todos los atributos de humanidad, el colonialismo fuerza a las gentes que él domina a preguntarse a sí mismos constantemente: en realidad, ¿quién soy yo? (Fanon, 2001).

Y en el caso sudanés, esa pregunta debería replicarse cientos de veces, y hay hechos que sirven para apoyar esta suposición. En 1882, una expedición belga reclamó zonas al sur de Sudán (el enclave Lado), que pasaron a formar parte del Congo Belga. Pero en 1896, un acuerdo entre Reino Unido y Bélgica determinó que este volviera a manos de la corona británica. Por esa época, los franceses reclamaron Bahr al-Gazal y las zonas al oeste del río Nilo, hasta Fashoda. No obstante, en 1898 aceptaron cederlo al Reino Unido.

Desde 1898, los británicos y Egipto se unieron en la conducción del país, pero administraron el Norte y el Sur como colonias separadas. A ello deben sumarse otras líneas divisorias: en el Sur los idiomas oficiales eran el inglés, el dinka, el bari, el nuer, el latuko, el shilluk, el azande y el pari (lafon); en el Norte, el inglés y el árabe eran de uso oficial. En el plano religioso, misioneros cristianos gozaban de libertad en el Sur para llevar adelante su propia colonización, lo que permitió que perduraran algunos antiguos credos africanos. No se difundió el Islam, ampliamente practicado en el Norte.

Los gobernantes del Sur participaban de conferencias en África del Este, pero no en Khartoum, ya que los británicos planeaban anexas esas zonas a sus colonias orientales. Para asegurarse su autoridad en el Norte, la corona apoyó el liderazgo de Sayyid Ali Mirghani, de la secta Khatimiyya (base del *Democratic Unionist Party*), y el de Sayyid Abd al-Rahman al-Mahdi, de la secta Ansar (base del partido de la Umma).

En 1943, comenzaron a preparar al Norte para un futuro autogobierno, creando el *North Advisory Council*, pero en 1946 cambiaron su estrategia y decidieron la integración del Norte y del Sur bajo un solo gobierno. En las conferencias de Juba, informaron a las autoridades del Sur que serían gobernadas por una unidad administrativa del Norte. Esta decisión generó una sensación de exclusión profunda: no solo el idioma oficial sería el árabe –lo cual dejaba en inferioridad de condiciones a funcionarios sureños que pudieran acceder a una plaza administrativa–, sino que, además, la estructura política del Sur difería en su organización, por lo cual muchos partidos o grupos en formación no tuvieron representación en las conferencias y conversaciones que sentarían las bases del nuevo gobierno.

Errores, contramarchas, desbalances, aprovechamiento de las diferencias, acentuación de las mismas, manipulación de los factores religiosos, étnicos, etc. dieron como resultado una operación que estuvo

viciada desde el inicio: el nuevo Estado, desde antes de su nacimiento, era considerado ilegítimo, ya que las bases sobre las que se asentaba no eran representativas de todos los “universos” contenidos en su territorio.

El hecho es que, desde su independencia, el gigante africano no ha logrado superar estas contradicciones internas que han provocado divisiones y desencuentros casi permanentes, que ya han causado dos guerras civiles, enfrentamientos con países limítrofes, a lo que debemos sumar graves crisis económicas y calamidades climáticas, como la sequía de 1968 a 1973, que produjo un impacto terrible, sobretudo en la región del Sahel.

### **CONTEXTO HISTÓRICO DEL CONFLICTO**

Suele afirmarse que el inicio del conflicto de Darfur tuvo lugar el 26 de febrero de 2003, cuando un grupo autodenominado Frente de Liberación de Darfur (*Darfur Liberation Front*) reivindicó un ataque a Golo, el principal centro militar en el distrito Jebel Marra. Sin embargo, todo se había iniciado antes de esa fecha, cuando los rebeldes atacaron comisarías, puestos fronterizos y convoyes del ejército, a lo que el gobierno respondió realizando un asalto masivo por tierra y aire en las Montañas de Marrah.

La primera acción militar de los rebeldes fue un exitoso ataque contra la guarnición en la montaña, el 25 de febrero de 2002, pero el gobierno sudanés ya estaba en alerta. Los cronistas Julie Flint y Alex de Waal afirman que el comienzo de la rebelión debe datarse más bien el 21 de julio de 2001, cuando un grupo de Zaghawa y Fur se reunieron en Abu Gamra y juraron por el Corán trabajar juntos para defenderse de los ataques gubernamentales a sus aldeas. Debe tenerse en cuenta que muchos de los habitantes de Darfur son musulmanes, entre ellos los insurgentes, los Janjaweed, y los líderes gubernamentales de Khartoum.

El 25 de marzo de 2003, los rebeldes conquistaron la ciudad de Tine, junto a la frontera de Chad, consiguiendo grandes cantidades de víveres y armamento. A pesar de las amenazas del presidente Omar al-Bashir de “soltar” al ejército, los militares tenían pocos recursos, ya que se encontraban desplegados en el Sur, donde la segunda guerra civil Sudanesa se encaminaba hacia su fin, y en el Este, donde rebeldes patrocinados por el gobierno eritreo amenazaban el oleoducto recientemente construido para transportar petróleo desde los campos de petróleo de Port Sudán. El ejército, poco entrenado en operaciones en el desierto, fue impotente para hacer frente a la táctica rebelde de lanzar rápidos ataques, utilizando vehículos por toda la región. Sin embargo, el bombardeo aéreo de las posiciones rebeldes en las montañas fue devastador.

A las cinco y media de la mañana del 25 de abril de 2003, una fuerza combinada del Movimiento de Liberación de Sudán (MLS) y

del Movimiento Justicia e Igualdad (MJI), formada por treinta y tres *Land Cruisers*, entró en al-Fashir atacando a la guarnición mientras dormía. Durante las siguientes horas, cuatro bombarderos Antonov y helicópteros de combate, según fuentes gubernamentales (siete, según los rebeldes), fueron destruidos en tierra. Mataron a setenta y cinco soldados, pilotos y técnicos y capturaron a otros treinta y dos, incluyendo al comandante de la base. Los rebeldes tuvieron nueve bajas. El éxito de la incursión no tenía precedentes en Sudán: en los veinte años de guerra en el Sur, el Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán (*Sudan People's Liberation Army*, SPLA) nunca había conseguido llevar a cabo una operación similar.

### **LOS JANJAWOOD: SU GÉNESIS Y ACTUACIÓN**

El ataque de al-Fashir marcó un importante punto de inflexión, tanto desde el punto de vista militar como psicológico: las fuerzas armadas habían sido humilladas y el gobierno se enfrentaba a una complicada situación estratégica. Era evidente la necesidad de entrenar a los soldados para esta nueva clase de guerra, suscitándose sospechas bien fundadas acerca de la lealtad de muchos oficiales y soldados nativos de Darfur.

La responsabilidad de enfrentar a los rebeldes recayó sobre la Inteligencia Militar sudanesa. Sin embargo, en los meses intermedios de 2003, los rebeldes vencieron en treinta y cuatro de los treinta y ocho enfrentamientos. En mayo, el MLS destruyó un batallón en Kuttum, causando quinientas víctimas y tomando a trescientos prisioneros. A mediados de julio, doscientos cincuenta soldados murieron en un segundo ataque a Tine. El MLS comenzó a moverse hacia el Este, amenazando con extender la guerra a la provincia de Kordofan.

Esto forzó un rediseño de la estrategia gubernamental. Dado que el ejército había sido claramente derrotado, se decidió basar el esfuerzo bélico en tres elementos: la inteligencia militar, la fuerza aérea y los Janjaweed, ganaderos Baggara armados, que el gobierno ya había utilizado para reprimir el levantamiento de los Masalit en 1996-1999. Sin embargo, otros afirman que su origen debe ser rastreado en las guerrillas organizadas por Khadafi, en el límite con Libia, que al momento de su desmovilización por el cambio de estrategia, quedaron armados y conscientes del poder que tenían con sus prácticas de asalto y destrucción).

El tema es que los Janjaweed se convirtieron así en el centro de la nueva estrategia contrainsurgente: los recursos militares se concentraron en Darfur, mientras que los Janjaweed se organizaron como una fuerza paramilitar, con equipamiento de comunicaciones y algo de artillería. Como resultado, en la primavera de 2004 varios miles de personas –la mayoría de etnias no árabes– habían sido asesinadas y cerca de un millón desplazados de sus hogares. Esto provocó una

importante crisis humanitaria en la región, que alcanzó dimensión internacional cuando unos 100 mil refugiados se adentraron en el vecino Chad, perseguidos por milicianos Janjaweed, que se enfrentaron con las tropas del gobierno vecino, cerca de la frontera.

La observación directa de un equipo de observadores internacionales de Naciones Unidas permitió dar cuenta de un dato: aldeas no árabes habían sido destruidas por completo, mientras que los poblados árabes permanecían intactos, a pesar de que la distancia entre una aldea Fur destruida y un pueblo árabe ha llegado a ser menor a los 500 metros. Esto estaría reflejando una acción discriminada, no al azar, llevada adelante por este grupo paramilitar, que dejaría al descubierto una operación orquestada por el gobierno sudanés con el objetivo de forzar la expulsión o la desaparición física de grupos no-árabes de la región de Darfur. Pero las cosas no son tan simples y sería oportuno preguntarse si es la religión el motivo principal de esta estrategia.

### **ACUERDO DE ALTO EL FUEGO**

En 2004, Chad patrocinó la negociación entre los grupos en conflicto en Yamena, que concluyó el 8 de abril con la firma de un acuerdo de alto el fuego entre el gobierno sudanés, el MLS y el MJI. Pero un grupo de este último (el Movimiento Nacional para la Reforma y Desarrollo) se escindió y no participó ni de las conversaciones ni, por ende, del acuerdo de alto el fuego. Tanto los Janjaweed como los rebeldes continuaron atacando después del acuerdo. En agosto de 2004, la Unión Africana envió tropas para supervisar el cumplimiento de alto el fuego. Inicialmente formada por ciento cincuenta soldados ruandeses, se iría incrementando hasta un total de 7 mil efectivos desplegados en abril de 2005, que permanecerían en Darfur.

La escalada de la crisis motivó que varias personalidades advirtieran sobre el riesgo inminente; entre ellas, el entonces Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, que habló de genocidio en Darfur. Las atrocidades cometidas por los Janjaweed fueron comparadas con el genocidio de Ruanda, acusación rechazada por el gobierno sudanés. Observadores independientes destacaron que las tácticas –que incluían las mutilaciones y asesinatos de no combatientes e incluso de niños– eran más afines a la limpieza étnica utilizada en las Guerras de Yugoslavia, y alertaron al mundo de que cientos de miles de personas se encontraban imposibilitadas de recibir ayuda. El Grupo Internacional de Crisis, radicado en Bruselas, informó en mayo de 2004 que más de 350 mil personas podían morir a consecuencia del hambre y las enfermedades.

El 10 de julio de 2005, John Garang, antiguo dirigente del SPLA, juró el cargo de vicepresidente de Sudán, pero solo veinte días después, el 30 de julio, falleció en un accidente de helicóptero, lo que

provocó un aletargamiento en las conversaciones de paz entre los diversos grupos rebeldes.

El conflicto se extendió, convirtiéndose en un conflicto inter-estatal: el 18 de diciembre de 2005, un grupo rebelde de Chad, supuestamente formado por personas de etnia Zaghawa, salió de Darfur y atacó la ciudad chadiana de Adre, cerca de la frontera sudanesa. Chad culpó al gobierno sudanés del ataque, el segundo en la región en tres días; la tensión motivó que el gobierno de Chad declarara formalmente las hostilidades contra Sudán, llamando a los ciudadanos chadianos a movilizarse contra el “enemigo común”. Oficialmente, ese fue el comienzo del Conflicto Chad-Sudán, que concluyó oficialmente con la firma el 8 de febrero de 2006 de los Acuerdos de Trípoli.

El 5 de mayo de 2006, el gobierno de Sudán firmó en Abuja, Nigeria, un acuerdo con la facción del MLS, liderada por Minni Minnawi, en una reunión auspiciada por el subsecretario de estado estadounidense Robert B. Zoellick, el presidente de Nigeria, el presidente de turno de la Unión Africana y varios destacados diplomáticos extranjeros. Sin embargo, el acuerdo fue rechazado tanto por el MJI como por una facción rival del mismo MLS, dirigida por Abdul Wahid Mohamed el Nur. Los puntos principales se centraban en el desarme de las milicias Janjaweed y la incorporación de los efectivos de los grupos rebeldes negros al ejército sudanés. De más está decir que los combates en Darfur no cesaron.

El 31 de agosto de 2006, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, aprobó una resolución para enviar una nueva fuerza de pacificación a la zona de 17 mil trescientos soldados para sustituir a los efectivos de la Unión Africana. Sudán manifestó su enérgica oposición a esta resolución. El 1° de septiembre, según informaron oficiales de la UA, Sudán lanzó una gran ofensiva en Darfur, conminando a la Unión Africana a abandonar la región. La Resolución 1706 fue inesperadamente apoyada por el presidente de Chad, Idriss Déby.

El 2 de octubre de 2006, tras la suspensión de la iniciativa de Naciones Unidas debido a la firme oposición sudanesa, la Unión Africana anunció que prolongaría su presencia en la zona hasta finales de año. Poco después, el 6 de octubre, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas votó la extensión del mandato de la Misión de Naciones Unidas en Sudán hasta el 30 de abril de 2007. El 31 de julio de 2007, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó por unanimidad el envío de 19 mil quinientos cincuenta y cinco soldados y 6 mil cuatrocientos treinta y dos policías a la región (Resolución 1769).

## **RESULTADO PARCIAL DEL CONFLICTO**

Es difícil calcular con precisión el número de muertes producidas a consecuencia del conflicto, en gran parte porque el gobierno sudanés

impone serias trabas a los periodistas u observadores que intentan documentar los hechos.

En marzo de 2005, el Subsecretario General de Naciones Unidas para Asuntos Humanitarios, Jan Egeland, calculó que se estaban produciendo unas 10 mil muertes mensuales, sin contar aquellas producidas por la violencia étnica. Los desplazados de sus hogares ascenderían a 2 millones de personas, la mayoría de los cuales han buscado refugio en campos cercanos a las principales ciudades del territorio. Unos 200 mil han huido a Chad.

El 28 de abril de 2006, Eric Reeves aventuró una cifra de más de 450 mil muertos, que no ha sido verificada de forma independiente. El 21 de septiembre del mismo año, un artículo del Servicio de Noticias de Naciones Unidas aseguró que la organización consideraba que unas 400 mil personas habían muerto y unos 2 millones habían debido abandonar sus hogares, lo que parece indicar que la cifra de 400 mil muertes es juzgada creíble por la ONU. A pesar de las cifras oficiales, muchos medios independientes opinan que el número de víctimas es considerablemente mucho mayor.

Más allá de las diferentes versiones, el hecho es que lo cotidiano es aterrador: se mata a personas, se viola a mujeres y se obliga a los habitantes de la zona a abandonar sus pueblos después de incendiar sus hogares, quemar o robar sus cultivos y su ganado, principales medios de subsistencia.

La violación y demás formas de violencia sexual no son una mera consecuencia del conflicto o del comportamiento de tropas “indisciplinadas”; por los testimonios recogidos por Amnistía Internacional, se podría decir que estas prácticas se utilizan como arma de guerra, con el fin de humillar, castigar, controlar, atemorizar y desplazar a las mujeres y a sus comunidades. Vale decir, hay un motivo esencialmente político oculto tras la violencia.

Este tipo de prácticas, en este contexto cultural específico, tiene otra consecuencia que impacta, ya que las víctimas son doblemente victimizadas: las mujeres forzadas sexualmente que han quedado embarazadas han sufrido la expulsión de sus tribus, porque se las considera “sucias”, y a sus hijos, “hijos de los diablos janjaweed”. En muchos casos, los jefes tribales las han acogido luego de la expulsión del seno familiar, con el objetivo de actuar con justicia, analizando la situación antes de resolver drásticamente una expulsión, que las deja en una situación de absoluta desprotección, ya que, culturalmente, las mujeres no pueden imaginarse vivir fuera de sus contextos familiares o sin la protección de sus familias, de sus maridos o de sus líderes tribales.

## CONTEXTO DE LO QUE ESTÁ EN JUEGO

La *Carnegie Endowment for International Peace* situó a Sudán en el puesto número uno de su lista de los “*failed states*”, superando incluso a Estados en zona de desastre como Irak o Zimbabwe. Sin embargo, si tomamos en cuenta algunos índices, muchos desearían ser considerados “*failed states*”: la economía ha crecido un 9% en 2006 y la inversión extranjera rondó los U\$S 5 billones, segunda en importancia en todo el continente.

Sin dudas, esta situación se debe fundamentalmente al petróleo. La producción ha trepado de 160 mil barriles por día en 2000, a 480 mil este año. En 2006, los ingresos obtenidos por las exportaciones de crudo ascendieron a los U\$S 4 billones, un 80% proveniente de pagos efectuados por China.

En Sudán, algunos dicen que con el petróleo a U\$S 70 el barril, las sanciones, más que afectarlos a ellos, afecta a Occidente. “América del Norte es el perdedor”, dicen, “y además le dan muchas más chances a las compañías chinas”.

## CHINA Y SUS RELACIONES CON SUDÁN

- a. China les compra unos 400 mil barriles de crudo al día,
- b. Financió el oleoducto principal, desde el sur hasta Port Sudán, en el Mar Rojo, donde China tiene asentada una nueva refinería. En 2004, el gasto fue de U\$S 1,4 billones,
- c. China y Rusia son los principales proveedores de armas a Sudán,
- d. Diplomáticamente, el Estado asiático ha usado su derecho a veto en el Consejo de Seguridad para ayudar al país africano.

Básicamente, China es su gran socio económico y otros, como la Petronas de Malasia o la ONGC Videsh de la India, no pueden ser comparados con la principal empresa petrolera china, la China Nacional Petroleum Corp. (CNPC), propietaria del 40% de las acciones de la empresa petrolera más importante de Sudán, la Greater Nile Petroleum Operating Co.

El acuerdo firmado en Khartoum en junio de este año, pese a la presión internacional para aislar al gobierno sudanés por su participación en la crisis de Darfur, incluye una fase de exploración de 6 años, y una concesión de producción compartida de crudo por 20 años. Los derechos de exploración abarcan trece lotes, en un área total de 3,4 km<sup>2</sup>, ubicados en las aguas territoriales sudanesas llanas del Mar Rojo. El programa de exploración será llevado a cabo, conjuntamente, con la compañía estatal de hidrocarburos de Indonesia, PT Pertamina.

Sudán es el sexto productor de petróleo en África, mucho menor que Nigeria o Angola, pero le ofrece a China una gran ventaja: allí no

necesita competir con Chevron o la Royal Dutch Shell. Tan cómodo se siente el gigante, que además ha celebrado pingües contratos energéticos, otros acuerdos multimillonarios que van tras del oro y del cobre, entre otros minerales. Participa, además, en la construcción de torres de comunicación, autopistas, carreteras, vías férreas, asegurándose así el lugar de principal benefactor del país.

Como decíamos, Beijing ha estado bajo fuerte presión occidental para que reduzca sus inversiones en Sudán, pero el gobierno chino se ha resistido, aduciendo que lo que necesitan los sudaneses son medidas para combatir la pobreza, la que perciben como la principal causa de la violencia en Darfur. En febrero de 2007, Hu Jintao, presidente chino, llegó a Khartoum, recibiendo el acalorado apoyo de la gente que lo acompañó desde el aeropuerto hasta su hotel. No lo podríamos saber a ciencia cierta, pero tal vez las demostraciones hayan sido en retribución a los U\$S 5,2 millones donados por China para ayudar a los refugiados de Darfur.

Aunque no se conoce sobre reclamos a al-Bashir por la situación en esta zona, sí se sabe que Sudán habría escuchado las sugerencias del enviado especial chino, para que se autorizara el ingreso de un cuerpo internacional de paz en la región. Esto había sido una demanda fundamental de los países occidentales durante meses, sin tener ninguna respuesta afirmativa. Sudán en cambio, le dijo sí a China.

Amnistía Internacional acusó a China y Rusia de violar el embargo de Naciones Unidas al abastecer al gobierno de Sudán con armas, que luego fueron utilizadas para cometer abusos en Darfur; los gobiernos de Moscú y Pekín rechazaron tajantemente las acusaciones de la ONG.

#### **INTERESES OCCIDENTALES**

Muchos han interpretado que los motivos que mueven a EE.UU. no están precisamente relacionados con la preocupación causada por la matanza perpetrada durante el conflicto; tampoco Reino Unido y Australia u otros países involucrados tendrían esta motivación. En realidad, la ocupación militar de las Naciones Unidas serviría como parte de una estrategia consistente en llevar adelante una intervención, bajo el paraguas de esta organización –al estilo de Irak–, que en este caso se justificaría en la necesidad de poner un alto al conflicto, ocultando el objetivo real: forzar el cambio de régimen para obtener el control total sobre las reservas de petróleo sudanesas.

Desde el 11 de septiembre, la estrategia americana en su relación con otros Estados ha cambiado y pareciera que ha decidido volver el tiempo atrás, a la colonia. Sabiendo que Sudán está deseoso por obtener una normalización de las relaciones, lo ha manipulado prome-

tiendo levantar las sanciones impuestas en 1997, pero públicamente continúa con la amenaza de imposición de nuevas sanciones. Recordemos que esta estrategia les resultó con Libia.

Pero el hecho es que EE.UU. está aún más deseoso que Sudán por levantar esas imposiciones, ya que desde 1997 las compañías petroleras americanas se han privado de participar de la explotación de los recursos petroleros, dejando un espacio amplia y gozosamente ocupado por compañías chinas, malayas e indias. Algunas compañías canadienses y europeas intentaron franquear esta limitación, desatendiendo la presión ejercida desde Occidente, pero las sanciones a la empresa canadiense Talismán sirvieron para dejar muy en claro que no se puede desoír la orden del superior sin esperar reprimendas a cambio.

### **EPÍLOGO ANTES DEL FIN**

En una nota editorial del *Sudan Tribune*, el 4 de marzo de 2007, el cronista daba cuenta de dos hechos: el gobierno de Khartoum había aumentado la exploración en los territorios de Darfur; y también había aumentado la volatilidad, ya que los líderes rebeldes reavivaron las protestas.

Los expertos dicen que el petróleo puede dar respuestas a grandes necesidades de la zona, pero la exploración en este momento solo aumentaría la conflictividad. Seguramente, el gobierno no tuvo acceso a estas recomendaciones, ya que justamente anunció tres nuevas concesiones en el área; mientras que los grupos rebeldes advirtieron que las exploraciones deberían ser pospuestas hasta que se lograra la estabilidad, luego de un acuerdo en el que realmente estuvieran involucradas todas las partes.

“Todavía estamos luchando por nuestras vidas y por nuestro país”, dijo el jefe rebelde Jar Neby, representante de una facción del *Sudan Liberation Army*, “necesitamos agua ahora mismo: no petróleo. Podemos hablar de todo eso, después de alcanzar la paz”.

*Esta respuesta tal vez ha sido lo más lógico que he escuchado o leído durante la investigación realizada para la elaboración de este ensayo.*

### **CONCLUSIONES PROVISORIAS**

El análisis sobre eventos pasados, la comparación de datos estadísticos, etc., sin duda serían insuficientes si a ello no se le aporta un marco analítico para que deje de ser una mera descripción y pase a ser el inicio de un camino hacia la comprensión de un determinado proceso social.

Estamos muy habituados a hablar de *la* realidad, sin darnos cuenta de que ciertamente no hay una sola realidad, sino tantas como individuos implicados haya en la interrelación social. Con sus prácticas,

colaboran a construirla y, a su vez, son contruidos por ella; vale decir, los sujetos somos sujetos y objetos de esa construcción, somos subjetividades históricamente situadas, adecuadas a particulares condiciones sociales y de productividad del contexto histórico, social y cultural en el que nos formamos, en el cual lo social estará dado por los significados atribuidos, por los sentidos que llenan cada acción.

Si desde esta perspectiva asumimos que la violencia es una de tantas prácticas sociales, concordaremos en decir que es una construcción social, dando por tierra con la idea de la existencia de una naturaleza violenta *per se*. Entonces, la violencia, como producto histórico social, como proceso histórico, será definida por particulares condiciones de producción, históricas y políticas, manteniendo su vigencia mientras las condiciones que le dieron eficacia se mantengan vigentes. El reclamo del jefe rebelde, pidiendo agua para sobrevivir, no petróleo, es un grito que suena a lógica, suena a abandono, a marginalidad, a pobreza y a olvido. Mientras eso no cambie, la acción violenta será la forma de responder.

Y es que la dimensión social de la violencia se da a partir de esas relaciones intersubjetivas que conforman un mundo de significados compartidos, en un contexto más o menos facilitador de esas acciones violentas que en él se producen y toman sentido. En este caso, los conflictos y disputas por el acceso a determinados recursos, como el agua, o a mejores tierras cultivables se han sucedido durante siglos, pero el contexto histórico y social es particular. Además, no se debe obviar la relación que la violencia tiene con el poder, que como fenómeno inserto en las mismas raíces del tejido social, la define, le da valor, significado y justificación ideológica, generando un discurso que se relaciona profundamente con los mecanismos de poder que están en juego: la ira de las tribus clamando por agua será “nombrada” como un alzamiento rebelde; la represión para expulsar grupos tribales de una zona petrolera será una acción de pacificación para el logro del bien general; la invasión de ejércitos extranjeros, una salida a la crisis social. Es decir, todo es relativo, dependiendo el lugar de poder desde donde se lo “defina”.

Los discursos sobre la violencia la nombran como un “afuera”, como si estuviera situada en un espacio exterior a quienes la ejercen o la viven, percibiéndose como un fenómeno inevitable que es impuesto desde este espacio exterior, frente a lo cual el sujeto queda inmovilizado y desprovisto de cualquier tipo de reacción (Piper, 2006). En el proceso, se ocultan los mecanismos y estrategias del poder, aumentando la eficacia de su control. Sintetizando: “[...] el poder hace mucho más que imponerse al sujeto y modular sus conductas: el poder constituye al sujeto (proceso activo en su función de regular los aspectos más

íntimos de nuestra vida); de esa manera el poder y el saber se articulan en el discurso”(Foucault, 1976), pero también puede ser “[...] obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta” (Foucault, 1976), ya que a partir de él surgen o pueden surgir nuevos argumentos que se le opongan. Vale decir, si el discurso –entendido como práctica social– es una práctica de poder productora de relaciones sociales –a la vez que de relaciones de poder–, entonces en la comprensión del discurso sobre la violencia y de los mecanismos de poder que están en juego se puede encontrar las condiciones de posibilidad para su transformación.

En el África de la post-colonia, las identidades políticas siguen recreándose constantemente en el juego del espacio político. Con la globalización, se ha tornado sumamente importante la tarea de redefinir y perfilar las propias entidades, ligadas intrínsecamente a la propia dignidad, la pertenencia y la susceptibilidad de ser nombrado (Taylor, 1993). Estos Estados poscoloniales africanos han sido las más de las veces categorizados, dependiendo de la situación, como personalistas, autocráticos, autoritarios, débiles o inmaduros, pero sería tal vez mucho más valioso considerarlos como naciones-Estado, cambiando la matriz de análisis de raigambre occidental, cuyo paradigma, el del Estado-nación, es dado como supuesto inicial desde donde partir al momento de evaluar las posibles salidas a las complejas situaciones desplegadas en el continente todo. No es tarea fácil, ya que esta redefinición implica necesariamente el inicio de un proceso de reconciliación que pasa en gran parte por dirimir la gestión de la memoria pública y, por ende, de la memoria política africana.

“Cómo” los actores habitan en el espacio político local resulta fundamental, ya que desde los centros de poder se puede potenciar, incluso mediante políticas públicas de reconocimiento, un recuerdo y no otro, un hecho y no otro, redefiniendo la historia en los términos más adecuados para continuar reproduciendo determinado contexto de dominación. El elemento ideológico, en cuanto encubridor de la realidad, es el mecanismo que explica las acciones del poder que propician el olvido en pos del mantenimiento de esa posición de dominación, preservando los intereses de clase de una minoría, a partir de la estructuración de una narrativa que de manera sistemática nombra, distorsiona, sobredimensiona, minimiza, niega, dosifica, mistifica, encubre, justifica, evade y acusa tendenciosamente, con el objetivo último de procurar el control social y del lenguaje utilizado para dar sentido a las experiencias colectivas y personalmente traumáticas (Gaborit, 2005). Seamos claros: en 1996, las potencias occidentales decidieron “aislar” a Sudán, pero sorprendentemente, cuando explotó el asunto de los recursos, el gobierno americano publicó un documento

en el cual se hablaba por primera vez del “Genocidio de Sudán” (“*Documenting Atrocities in Darfur*”). Los invito a preguntarse: ¿las atrocidades en Darfur no habían existido antes? ¿O la “claridad de visión” de EE.UU. dependió en gran medida de los nuevos intereses desplegados en la región? De nuevo: el poder nombra y tras ello se ocultan los mecanismos y estrategias en juego.

En estas páginas se ha intentado abordar un conflicto complejo y de grandes consecuencias humanitarias en el cual se enfrentan actores políticos, económicos, sociales, pero el que padece es el africano, aquel testigo silencioso de la imaginación colonial. Ninguna empresa espectacular nos hará olvidar el racismo legal, el analfabetismo, el lacayismo suscitado y mantenido en lo más profundo de la conciencia de nuestro pueblo: “[...] no hablamos de adaptación, ni alivio, sino de *restitución*” (Fanon, 1958), restitución que va hondo, a la propia subjetividad del colonizado, que una vez desposeído de sus atributos encuentra que su esencia es su miseria.

La conciencia crítica lleva a momentos de inflexión histórica o a puntos de bifurcación donde se gestan futuros posibles, y podría ser que en la esfera de su propia cultura se encuentre el espacio y el tiempo para explicar a esa sociedad postcolonial en crisis; un espacio político y cultural para ese cuerpo colonial, que preserve en la huella de su trauma la memoria de su trama, al mismo tiempo que se abre a la experiencia radical de su superación.

Tal vez esa sea la solución africana. Tal vez.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abbot, Ch.; Rogers, P. y Sloboda, J. 2007 *The truth about the real threats to our world. Beyond Terror* (London: Oxford Research Group).
- Bureau of Democracy, Human Rights and Labour, and Bureau of Intelligence and Research 2004 *Documenting Atrocities in Darfur* (USA: Department of States), septiembre.
- Cheadle, D. y Prendergast, J. 2007 *Not on our watch. The mission to end genocide in Darfur and beyond* (Nueva York: Hyperion).
- Chomsky, N. 2007 *Failed States* (Nueva York: Owl Book).
- De Waal, A. 2004 *Counter Insurgency on the cheap* (Londres: London Review Bookshop), Vol. 26, N° 15, agosto.
- Del Solar, G. y Piper, I. 1994 “Inserción social y política de jóvenes hijos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos: un estudio exploratorio descriptivo”. Tesis de Licenciatura en Psicología, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.
- Domenech, M. e Ibáñez, T. 1989 “La Psicología Social como Crítica” en *ANTHROPOS*, N° 177: 12-21.

- El Amin, K. A. 2004 “Eastern Sudan Indigenous Conflict Prevention, Management and Resolution Mechanisms. Effectiveness, Continuity and Change” en *African Security Review*, N° 13 (2).
- Fanon, F. 1967 (1952) *Black Skin, White Masks* (New York: Grove Press), traducción de Charles Lam Markmann).
- Fanon, F. 1958 “Descolonización e independencia” en *El Moudjahid*, N° 22, 16 de abril.
- Fanon, F. 2001 *The wretched of the Earth* (London: Penguin Classics).
- Foucault, M. 1976 *La historia de la sexualidad* (México: Siglo XXI).
- Gaborit, M. 2005 Conferencia XXX: “Memoria histórica: revertir la historia desde las víctimas”. Presentada en el *Congreso Interamericano de Psicología*, Buenos Aires, 26 al 30 de junio.
- Martin-Baro, I. 1985 *Acción e Ideología: Psicología Social desde Centroamérica* (San Salvador: UCA).
- Mead, G. H. 1929 “La Naturaleza del Pasado” en *Revista de Occidente*, N° 100: 51-62.
- Meredith, M. 2006 *The State of Africa. A History of Fifty Years of Independence* (Londres: Free Press).
- Páez, D.; Basabe, N. y González, J. 1997 “Social Processes and Collective Memory: a Cross Cultural Approach to Remembering Political Events” en Pennebaker, J. W.; Páez, D. y Rimé, Bernard (eds.) *Collective Memory of Political Events: Social Psychological Perspectives* (Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum).
- Piper, I. y Reyes, M. J. 2006 Material de Cátedra del curso “Violencia Política y Derechos Humanos” (CLACSO).
- Ruiz Jiménez Arrieta, I. 2000 “El colapso del Estado Postcolonial en la década de los noventa. La participación internacional” en Peñas, F. J. (ed.) *África en el sistema internacional* (Madrid: La Catarata). En: <<http://www.fespinal.com/espinal/castellano/visual/es137.htm>>.
- Taylor, Ch. 1993 *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”* (México: Fondo de Cultura Económica).